



# LA LEVITACIÓN DE SOR CLARISA

Divertimentos anticlericales

Arturo Seeber Bonorino



  
GARAJE  
NARRATIVA

Arturo Seeber Bonorino

**LA LEVITACIÓN DE SOR CLARISA**  
**DIVERTIMENTOS ANTICLERICALES**



## PRESENTACIÓN

*Espero con estos relatos no herir la sensibilidad religiosa de nadie; por el contrario, sólo espero entretener, sacar una sonrisa, y por eso los he llamado “divertimentos”. Alguien dijo que la más alta expresión de inteligencia humana es la capacidad de reírse de sí mismo, de sus principios, de sus creencias, aún de sus sentimientos. Nada más cierto.*

*Muchos los hallarán más que entretenidos blasfemos, que será según el color del cristal que pongan entre sus ojos y el mundo. Pero si ese cristal fuese totalmente transparente, si no tiñésemos todo del color de nuestro propio punto de vista, si fuese nuestra mirada como la de un niño que abre sus ojos para buscar la maravilla, podríamos reír de las cosas más graves a mandíbula batiente, y veríamos que todo sigue en su lugar, que nada se nos derrumba.*

*El mundo está enfermo de solemnidad. Si viviésemos de forma espontánea, como los otros seres de la creación, si le hiciésemos más caso a los instintos que a la razón y a los sentimientos, si nos tomásemos más en serio el don de la libertad, habríamos implantado la felicidad en la tierra, y acaso ya no sería necesario que continuásemos aquí.*

*Pero nada, que a todo lo que por gracia se nos ha dado, para nuestra desgracia le quitamos la inocencia, lo llenamos de reglas, de normas, de dogmas, guardadas a cal y canto y bajo siete llaves.*

*No os ha sucedido que, en el tedioso protocolo de un velatorio, alguien se ha desencajado con un buen chiste, y una certera carcajada os ha distendido, habéis dejado el muerto en el hoyo y os habéis dado al bollo, por un momento olvidando la irremediable fatalidad de la muerte. ¿O acaso no discutiste acaloradamente con alguien sobre un tema de mucha trascendencia, y has estado al borde de asesinar al hereje que pretendía rebatir tus irrefutables argumentos, y de pronto, por un capricho del azar, te sentiste ridículo, y una sonora carcajada se impuso contra tus argumentos y contra los del otro?*

*Mi padre fue un católico de fe ciega, con esa rara capacidad que tienen las almas simples de creer sólo en lo que no se puede ver ni comprobar. Su vida estaba encorsestada en el dogma y la liturgia, y aunque más hecha de desgracias que de gozos, lo sostuvo siempre la virtud teologal de la esperanza, Así, fue su vida esperar, esperar siempre, como quien espera a Godot.*

*A esa caverna llena de sombras entré yo, con apenas catorce años de edad, para confesarle que, pese a la esmerada educación religiosa que me dio, en connivencia con la de los colegios de curas a los que asistí (tres, de los cuales de tres de ellos me expulsaron), yo ya no creía en Dios. Le salió un hijo rana, pobre papá.*

*Mal estudiante e indisciplinado por talento natural, si en algo fui un niño prodigio es en haberme dado cuenta, a*

*la tierna edad de doce años, por mis propias luces mentales, de la enorme distancia que había entre las enseñanzas de Jesús y lo que los católicos decían y hacían. Fue un ¡Eureka! para esos tiernos años. Creí haber hecho un originalísimo descubrimiento, aunque ya fuera una verdad de Perogrullo.*

*Sin otra elección entonces, me hice ateo, un poco forzando la situación, porque la idea de la existencia de Dios me había atacado desde todos los frentes. Afortunadamente, el tiempo y la reflexión me han hecho claudicar de mi ateísmo. Hoy no soy ni ateo ni creyente: si existe un Dios, cómo es y cuál el verdadero, es algo me tiene absolutamente sin cuidado. Y es que uno no puede andar ocupándose de todo.*

*En estas religiosidades, un día apareció mi prima Gloria con que se casaba. El novio, aunque de respetable familia, estaba separado de su primera mujer. Como por aquel entonces no existía en Argentina el divorcio vincular, sino la separación de cuerpos y de bienes, por legalizar su situación hicieron lo que se hacía: cruzar a Montevideo y allí divorciarse y casarse. Y como todos los recién casados, a su vuelta organizaron una fiesta de bodas. Y es entonces cuando se armó la podrida.*

*Mi padre y mis tíos Carlos María, Jorge y Matilde, se negaron a asistir. Para la Iglesia de entonces, preconciiliar, de la misa en latín y el cura oficiando de espaldas a la feligresía, todo acto que pudiese interpretarse como una aceptación de una situación irregular (y el concubinato con un divorciado lo era) se consideraba complicidad, y en buena ley llevaba a compartir el mortal pecado.*

*A todo ello, mi temperamental tía Julieta, madre de la novia, que poco necesitaba para enemistarse con Dios y María Santísima, en respuesta furibunda a aquel desaire, cortó relaciones con la familia. Y coincidió, para soporte de sus argumentos, que al poco tiempo murió su consorte, mi tío Eduardo, hermano de mi padre, por lo que aprovechó para decir que su deceso lo había provocado el disgusto causado por sus hermanos. Así resultó que mi pobre tío Eduardo, que no ganaba para disgustos desde que se casó, daba fin a su existencia por el supletorio disgusto que le daban sus hermanos. Una muerte por sobredosis, como quien dice.*

*Más de divorcios padeció mi familia. Tendría yo diez o doce años y, como todas las semanas, un día llegamos de visita a la casa de nuestra anciana abuela materna. Junto a ella, una señora, para mí desconocida, tomaba una taza de té con “torta de arena”, de la Confitería Sennheiser. A su alrededor, un niño rubio de unos cinco años alborotaba cuanto le permitía su timidez.*

*Pregunté a mi madre quiénes eran aquellos y ella, en tono grave y circunspecto, me informó que aquel niño era mi primo Carlitos, hijo de mi tío Buby, y que aquella su mujer. Ya te contaré cuando volvamos a casa.*

*Las cosas se habían dado así: hacia fines del segundo gobierno de Perón se apobó la ley de divorcio, que fue abolida cuando fue derrocado por un golpe de Estado militar. Fue entonces que esta tía política que se me presentaba se divorció y casó luego con mi tío.*

*Pero de aquella situación acaso no me hubiese enterado nunca, si no fuese porque su párroco, por hallarse mi abuela bastante enferma, le dio un especial permiso para recibir*

*a la familia de su hijo en su casa, pero en tanto y cuanto se guardase la más absoluta discreción. No estaba allí mi tío, por su trabajo, y no recuerdo si apareció después.*

*En fin, esas cosas ya no se ven así. La Iglesia se acomoda a los tiempos. Si así no fuese, como alguien dijo, no habría ido más allá del burrito y el pesebre.*

*Pero en materia de fe las cosas no siempre son tan ortodoxas. En Argentina, la oferta religiosa se presenta más variada. El pueblo llano y los sectores más "progresistas" de la clase media tienen su propia vía mística. El pueblo llano, en una rara mezcla de Museta y de Mimí, fusiona algunos elementos cristianos con otros del más puro paganismo o del más fervoroso disparate. Son sus santos populares.*

*En vida de Eva Duarte de Perón, cientos de sus seguidores enviaron cartas al Vaticano pidiendo su santificación, a lo que la jerarquía eclesiástica respondió que jamás se había canonicizado a persona viva. Poco importaba, el pueblo tiene su Congregación para las Causas de los Santos paralela, y sus santos no tienen la necesidad de haber practicado heroicamente las virtudes. Así nacen al culto el gauchito Gil, la Madre María, Pancho Sierra, San La Muerte, San Perón, la difunta Correa, etc.*

*En tiempos recientes, una maestra de Villa Devoto, guapetona y minifaldera, cambió la docencia por el canto, convirtiéndose en un ídolo de música tropical para las bailantas (grandes espacios donde el pueblo llano se junta a bailar), bajo el apodo de Gilda. Qui-so el cruel destino que muriese en un accidente automovilístico en una carretera. Casi de inmediato, se la*

*descubrió milagrera desde el más allá. Para sanar, dar trabajo, resolver mal de amores, allí estaba ella, y se llenaron los quioscos de biografías reformadas en la que antes de dejar de tomar la teta ya hacía prodigios, y se proponían oraciones de mangoneo para cubrir las más diversas necesidades.*

*No pasó mucho tiempo que sus acólitos adquirieron el terreno sobre la carretera, en el lugar del accidente, e hicieron a su santa un templo, al que acuden en procesión centenares de fieles.*

*Menos dada a estas supercherías, los susodichos sectores progresistas de la clase media (en el medio siempre de las cosas), más o menos ateos, más o menos creyentes, cambiaron Dios por lo trascendente y a su mística la definían con la palabra iniciación. Tan razonables argumentos los llevaron a venerar a gurús, swamis, tiradores de flechas japoneses, luchadores de artes marciales de cinturones negros y con muchos danes.*

*Queda, por último, aclarar que estos relatos han sido escritos unos en español, otros en argentino. Como existe entre ambas lenguas una extraordinaria semejanza, en tanto las dos derivan del latín, confío que, tanto para el lector culto como al lego, no presentará su lectura mayor dificultad.*

*el autor*



## LA CRISIS DE FE DEL PADRE JOSÉ MARÍA

### III

#### San Donadeo Buonagracia, ortodoxo y mártir

San Donadeo Buonagracia, canonizado en el siglo XIII por el Papa Urbano IV, según afirmación de su biógrafo, desarrolló su misión en Etiopía en el siglo IV, aunque una tradición lo remonta a los albores de la cristiandad como cofundador, junto a Felipe el Evagelista, de la primera Iglesia de Etiopía, tradición que el Padre Gonzaga considera a todas luces disparatada. De su infancia y juventud nada se sabe; lo vemos recién a la edad de treinta años cuando funda su escuela como reacción a la ya muy extendida herejía de los “condimenteros”, errada doctrina sostenida en el evangelio de una tal Simona de Betania (hoy desaparecido), del que fue su divulgador el heresiarca Maritón.

Heredera de Marcos, Simona transcribe casi por entero su evangelio, pero al que interpola una serie de gravísimos errores, de los que el más peligroso es el que atañe a la institución de la Eucaristía por Nuestro Señor Jesucristo. Nos transcribe el texto en cuestión el padre Gonzaga:

*Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan, lo bendijo y lo partió y, dándolo a sus discípulos, les dijo: “Tomad y comed, que éste es mi cuerpo”. Luego fue esparciendo en cada trozo de pan polvo de mostaza, y agregó: “Y éste mi Espíritu”. Entonces le preguntó Simón Pedro: “¿Por qué, Señor, hemos de agregar al pan mostaza?” A lo que respondió Jesús: “Hombre de poca fe. ¿No os he dicho que el*

*Reino de los Cielos es como un grano de mostaza? Porque es ésta más pequeña que cualquier semilla y, sin embargo, al sembrarla, crece más que las hortalizas y se hace árbol. El que quiera entender, entienda*". Y continuó Nuestro Señor: "Pues bien, el cuerpo es hechura de barro, y como se ha dicho, al barro retornará. Pero el espíritu no tiene los límites de la carne, y es el espíritu el que nos acerca a mi Padre, que está en el Cielo". Y observando asombro en los rostros de sus discípulos, aclaró: "El pan es mi carne, el vino mi sangre, pero la mostaza mi Espíritu, la mostaza soy Yo. Mi espíritu ha habitado la carne para la Salvación de la humanidad, pero pronto está el tiempo en que deba padecer y morir, y mi espíritu retornará a su estado puro, mientras quedará mi carne para alimento de gusanos. Y mi Espíritu y el espíritu de mi Pueblo se unirán, dándose de tal manera cumplimiento a la Alianza de Dios con Abraham y con el pueblo hebreo. El que quiera entender, entienda"

Basado en este pasaje, Maritón concluye que Dios, Espíritu Purísimo, eterno, de una única naturaleza y sola persona, no puede contaminarse mezclándose con la materia, por lo que concluye que Jesús no es Dios, sino una herramienta de la que hace uso para comunicarse con los hombres, un cuerpo inhabitado por su divinidad. Al morir, Su Espíritu retorna a los Cielos, abandonando al cuerpo a la podredumbre.

Admite un solo sacramento, la Eucaristía, la cual, según el texto citado, se presenta a través de tres especias: el pan, el vino y la mostaza. Aunque, *stricto sensu*, sólo la mostaza propiamente conforma el sacramento, la que se transubstancia en divinidad en el momento de la bendición

por el sacerdote oficiante. El pan y el vino, al representar la materia, no cobran más que un valor puramente simbólico, un homenaje y un agradecimiento a la venida a la tierra del Salvador.

También nos cita el padre Gonzaga partes de discursos del Maritón, con los que aleccionaba a sus seguidores:

*Ponéis vuestro vino en odres, cocéis vuestro alimento en la cazuela; pero ni os bebéis la odre ni os coméis la cazuela. Así, Dios no está en lo que le contiene, sino en el contenido. El pan y el vino simbolizan el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, pero en la mostaza está el Espíritu Divino. En ella está Dios en toda su divinidad. Y si Dios os hizo a Él semejante, la mostaza os hace Uno con Él.*

Esta enseñanza, que pronto se extendió por toda Etiopía como reguero de pólvora, necesitó tiempo y mucha discusión hasta lograr establecer definitivamente su cuerpo doctrinario. Preocupaba al Maestro y a los primeros discípulos la cuestión de las cantidades, si la mostaza habría de esparcirse en el pan en pequeña cantidad o generosamente, o zanjar la cuestión dando a cada comulgante el bote de mostaza para que se sirviese “a cuchara libre”. Por otra parte, surgió la duda con respecto a los niños, ¿podrían sus infantiles paladares aceptar el sabor picante de la especia? ¿No sería bueno mezclarla con un poco de miel?

Por último, no faltó quien propusiese que la mostaza se agregase también al vino, propuesta que fue prontamente desechada, porque, la verdad, no hay Dios capaz de tragar semejante menjunje. Al fin, se decidió dejar este asunto al criterio de cada cual, que, al fin y al cabo, el amor nos hace libres.

En cuanto a la especie del vino, Maritón, judío de for-

mación helenística que renegaba de la ley mosaica pero que, paradójicamente, se atenía a la ley de Noé que prohibía el consumo de la sangre de los animales (*Gen 9,4. "Sólo dejaréis de comer la carne con su alma, es decir, con su sangre"*), quiso quitarla del oficio, pero, en viendo que los comulgantes más humildes solían comulgar a veces hasta una hogaza entera de pan, desistió de su propósito, y en su misericordia permitió que al pan se lo acompañase vino, para su mejor digestión.

Maritón, hombre de gran carisma personal, por su capacidad de convencimiento y su poder de convocatoria logró que su doctrina se extendiera prontamente. Tenaz e incansable, movía a sus discípulos a un constante proselitismo, como lo muestra esta otra cita que recoge el Padre Gonzaga:

*Id y predicad por todas las naciones. Vosotros lleváis la Verdad. Dios os dará el don de hablar a cada pueblo en su lengua, para que la humanidad entera reciba el mensaje. Y así, vosotros y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, habréis de ser instrumentos para la conversión de todos los seres de esta tierra.*

Hombre de escasa estatura, algo corcovado y de endeble constitución, a su debilidad corporal venció la fortaleza de su razón, capaz de oponer sus argumentos a los de los mayores sabios de la época y vencerlos sin mayor dificultad. Hombre de delicadas maneras, elegante y seductor, pronto logró rodearse de fervientes discípulos, los más de ellos adolescentes de las familias principales de la región, que fueron conformando el cuerpo jerárquico de su Iglesia, del cual él se erigió como Sumo Sacerdote.

*La materia es pesada –completaba su enseñanza–. El*

*hombre que no ha recibido a Dios a través de la mostaza es un muerto que vive, porque el cuerpo aparenta vivir, pero el alma fenece. La vida verdadera sólo nos la da el Creador. Observad, si no, a los fariseos, a los saduceos, a todos aquellos que hacen de su existencia una norma, que son rígidos como estatuas, que se mueven como muñecos articulados. No es para eso que hemos sido creados. Nuestro Señor nos ha hecho para que ganemos la libertad, para que nuestra misión en este mundo salga de dentro de nosotros mismos, sin frenos, sin reglas. Así la humanidad, por la gracia eucarística de la mostaza, irá abandonando el cautiverio del cuerpo, como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo, para fundirse, al final de los tiempos, en el Espíritu Puro –y concluía–. Consume mostaza, y haz lo que quieras.*

Y dispuesto a demostrar lo dicho con el ejemplo, Maritón se dio a la expansión de sus tendencias naturales, y así, dedicó el resto de su vida a la práctica de la sodomía, práctica que cobró en la secta un sentido ascético. Seguidores del ejemplo de su Maestro, pronto los discípulos fueron entregándose a tales prácticas, las cuales se extendieron de modo tal que, aunque no aceptado como dogma, se hizo costumbre que los aspirantes, al ingresar a esta Iglesia, debían previamente entregar su virginidad al Maestro. A los que se resistían, y mientras durara su resistencia, se los tenía en una suerte de espera que consistía en una comunión sustitutiva, una comunión con sólo pan, sin la Divina Forma de la Mostaza, a la que se dio en llamar *pan vacuii*.

A esta herejía debió enfrentarse San Bonadeo Buongracia, una herejía que negaba la Santísima Trinidad, la encarnación de Cristo, y la Eucaristía a través de las dos

especias del pan y del vino, cuerpo y sangre de Nuestro Señor, pilares del verdadero cristianismo preconizado por el Concilio de Nicea, y a lo que agregaba la práctica del abominable pecado nefando.

En los templos, en las plazas públicas, en los caminos arengaba el santo a la población para convencerlos de que abandonarían el error, con inquebrantable voluntad, soportando violencia y humillaciones de sus contemporáneos.

Formó su escuela y tuvo doce discípulos, doce como los doce apóstoles de Cristo, doce como las doce tribus de Israel. Pero no todos juntos. En tanto que aparecía un interesado, pronto perdía el entusiasmo, intimidado por la enorme resistencia que oponían los herejes y tanto más por el duro ascetismo que les imponía Donadeo, que además del absoluto celibato (*Sed eunucos de Dios*), les prohibía la práctica de cualquier cosa placentera de este mundo para preparar el alma a la verdadera vida, la vida eterna en la contemplación de Dios. Salía uno y entraba otro, que por idénticos motivos se alejaba, así hasta el número de doce. Así pudo el santo constatar la debilidad del alma de sus contemporáneos, comprendiendo que habría de estar solo en el cumplimiento de su misión.

Su persistencia, su poderosa voz en sus sermones, la virulencia de sus palabras, no tardaron en molestar a los fieles de Maritón que, en secreto, planearon su pérdida. Juntando una gran suma de dinero, la ofrecieron al gobernador de la región para convencerlo de la peligrosidad de aquel sujeto y de la necesidad de que fuese condenado a muerte. Poco sabía este hombre sobre Donadeo, pero lo consideraba un hombre justo e indigno de ser ajusticiado, razón por la cual, a último momento, se

debió doblar la suma . El gobernador se lavó las manos ante el enferbecido público y San Donadeo fue condenado a muerte.

Como oveja que llevan al matadero, el mártir fue conducido hacia el calvario, erigido en un monte cercano al mar. Se erguía allí un alto madero y, al verlo, para sí se dijo el santo: *Seré crucificado, como nuestro Señor Jesucristo*, y se sintió feliz, feliz y a un tiempo avergonzado, al considerarse indigno de seguir sus pasos. Pero le llamó la atención que hubiese un solo madero, faltando el que formaba la cruz.

–¿Cómo habréis de crucificarme, si la cruz está incompleta? –preguntó al verdugo.

–¡Qué madero ni qué cruz! –le espondió. Y no dijo más. Con una maliciosa sonrisa, señaló con un dedo lo alto del madero. Pudo observar el santo que no terminaba romo, sino en afilada punta, como una estaca.

Dos ayudantes del verdugo se acercaron a él y, subiéndole la túnica a la altura de la cintura la sujetaron allí con una cuerda, exponiéndole a la vergüenza de dejar a la visión de los presentes sus partes pudendas. Colocando sendas escalas a un lado y el otro del tronco, cogiéndolo uno de las axilas y otro de las corvas, entre ambos lo fueron elevando hasta acercar su zona coxal al final apuntado del madero.

–Maestro –exclamó uno de los concurrentes–. Has sido siempre valiente. Como hombre íntegro que eres, como un hombre morirás.

–No será fácil en tales condiciones –respondió el santo, y se confió a la voluntad de Dios.

A la hora nona, pues, San Donadeo Buonagracia fue

empalado.

La herejía de los “condimenteros” había crecido enormemente, al punto que no tardó en llegar hasta la misma Roma, consiguiendo allí varios centenares de adeptos. Y hubiese crecido más, generación tras generación, y acaso triunfado contra su gran competidor, el cristianismo paulista, de no ser porque, por razones fáciles de entender, no llegó a formarse la “cadena de la descendencia”.